

# Revista Foro

Bogotá - Colombia

Nº 14

Abril 1991

Valor \$1.200

## Constituyente: Un nuevo pacto social y nacional



**Partidos, sistema electoral y constituyente**

*Alfredo Rangel Suárez*

**Constituyente y recomposición política**

*Ricardo García Duarte*

**Modernidad, modernización y gobernabilidad en la Colombia de hoy**

*Pedro Santana Rodríguez*



Ediciones Foro Nacional por Colombia

**Director:**

Pedro Santana R.

**Editor:**

Hernán Suárez J.

**Comité Editorial:**

Eduardo Pizarro L.  
Orlando Fals Borda  
Constantino Casasbuenas  
Alvaro Camacho Guizado  
Carlos Escobar A.  
Fernando Viviescas  
Ricardo García

**Colaboradores:**

Alberto Corchuelo, Fabio Velásquez, Abel Rodríguez C., Alberto Echeverry, Olga Lucía Zuluaga, Humberto Quiceno, Mario Sequeda, Orlando Pulido Ch., Patricia Calonje, Alberto Martínez B., Raúl Delgado, Jaime Rodríguez, Alvaro Cabrera, Ismael Beltrán, José Granés, Jorge Luis Villada, Norberto Ríos, Rogelio Castaño, John Jairo Cárdenas, Juan Camilo Ruiz, Ana Lucía Sánchez, Enrique Vera, Sofía Díaz, Gloria Rincón, Leonardo Velásquez, Arcesio Zapata.

**Colaboradores internacionales:**

Eduardo Galeano (Uruguay), Jorge Enrique Hardoy, Hilda Herzer, Marios Dos Santos (Argentina), Edison Nunes (Brasil), Alfredo Rodríguez, Alex Ronsenfelt (Chile), Gustavo Riofrío, Federico Arnillas (Perú), Fernando Carrión, Jorge García (Ecuador), John Turner (Inglaterra), David Slater (Holanda), Carlos Jiménez (España), Juan Díaz A. (París), Ricardo García (París).

**Diagramación:**

Hernán Suárez J.

**Carátula e ilustraciones:**

Víctor Sánchez (Uno más), Marco Pinto.

**Administración, Distribución y Suscripciones:**

Sandra Cristina Campos  
Carrera 3A No. 26-52  
Teléfonos: 2433464 - 2840582  
A.A. 10141  
Bogotá, Colombia

**Licencia:**

No. 3868 del Ministerio de Gobierno

**Tiraje:**

5.000 ejemplares

**Preparación editorial:**

Servigraphic Ltda.

## REVISTA FORO

Fundación Foro Nacional por Colombia  
Bogotá, Colombia No. 14 Abril de 1991.  
Tarifa Postal No. 662 \$1.200.00

### Contenido

#### Editorial

- 1 El tamaño de la democracia colombiana

#### Constituyente: un nuevo pacto

- 5 Modernidad, modernización y gobernabilidad en la Colombia de hoy

Pedro Santana Rodríguez

- 17 Partidos, Sistema Electoral y Constituyente

Alfredo Rangel Suárez

- 27 Constituyente y recomposición política

Ricardo García D.

- 36 Asamblea Constituyente y Congreso

Orlando E. Vásquez Velásquez

- 44 Fuerzas Armadas y Asamblea Constituyente

Eduardo Pizarro Leongómez

- 51 Provincias y Asociaciones (rurales) de Municipios

Orlando Fals Borda

#### Ideología y Sociedad

- 63 La democratización en el contexto de la cultura posmoderna

Norbert Lechner

- 71 El intelectual en la Nueva Babel colombiana

Eduardo Cruz Kronfly

- 80 ¿Qué es la democracia?

Humberto Cerroni

#### Mujer y Sociedad

- 86 Mujer y Droga: Consideraciones sobre un problema considerado

Nora Segura Escobar

#### Viva la Ciudadanía

- 97 Campaña Viva la Ciudadanía

- 99 "Viva la Ciudadanía una experiencia en la construcción de una nación democrática"

Francisco Rojas Birry

- 100 Tiempos de ciudadanía, tiempos de democracia

José Bernardo Toro A.

#### In Memoriam

- 105 Maestro Gerardo Molina in Memoriam

#### Libros y Reseñas

- 107 Violencia, democracia y derechos humanos

Fabio Giraldo Isaza

Nora Segura Escobar  
Profesora e Investigadora  
de la Universidad del Valle

*MamaCoca*  
*El Dapel de la Coca*  
www.mamacoca.org

# Mujer y Droga:

*Consideraciones sobre un problema no considerado*

Nora Segura Escobar



Xilografía de Maréchal.

El fenómeno del narcotráfico que ha venido afectando a la sociedad colombiana durante los últimos 20 años, la recorre en múltiples direcciones y despliega su dinámica en prácticamente todas las relaciones sociales. Es posible entonces intentar un examen preliminar de algunos aspectos protuberantes en cuanto inciden sobre la condición de la mujer, haciendo énfasis en el carácter preliminar de este examen en virtud de la ausencia total de estudios especializados sobre el tema, de cifras que permitan penetrar con mayor certeza en este terreno, en síntesis, de un contexto analítico específico del cual partir.

Los estudios de la mujer en Colombia tienen una historia muy reciente, y aunque se ha avanzado en el conocimiento de esta realidad particular en algunas áreas, en otras hay total oscuridad. Este es el caso de la relación de la mujer y la droga, bien que miremos las distintas fases de la narcoeconomía, que indagemos sobre procesos en la cultura o que examinemos el terreno de la política, nos encontramos ante un territorio virgen.

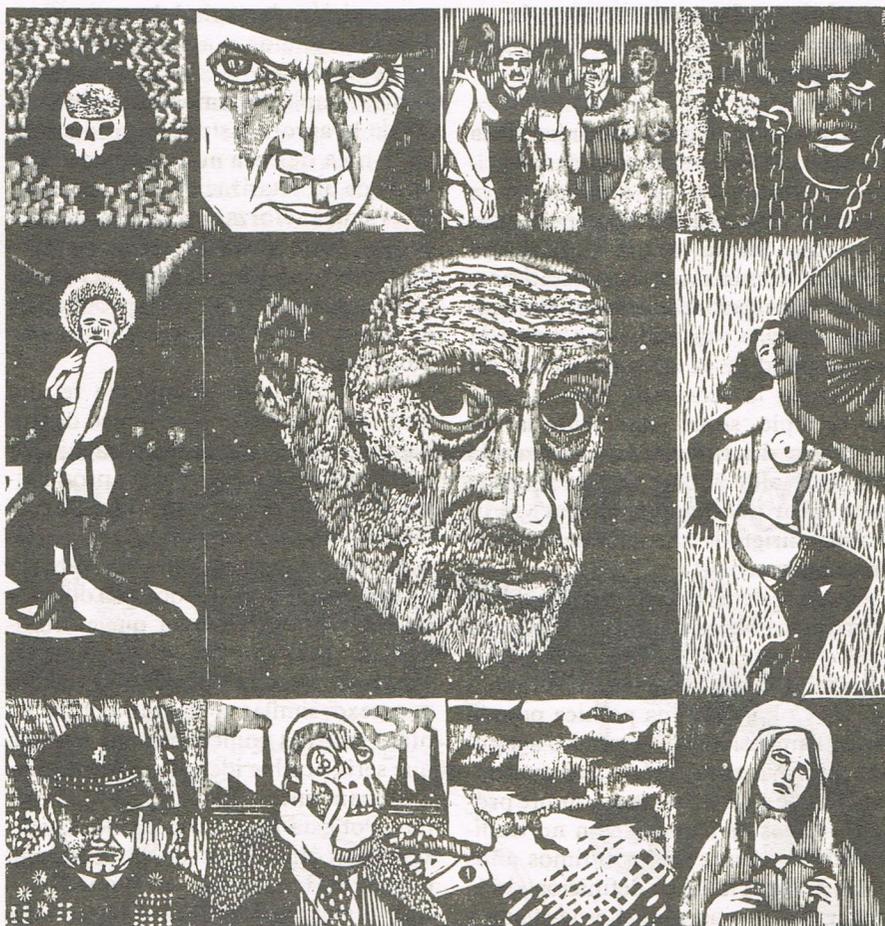
Pese a algunos avances modestos, persiste una gran insensibilidad en la recolección y publicación de las cifras oficiales referidas a la mujer, que resulta particularmente aguda en este caso. Para el tema que nos proponemos analizar, quizá el vacío de información y

de análisis especializado sea explicable por la no centralidad de la mujer en los fenómenos del narcotráfico, argumento que pretendemos sustentar a lo largo de la presente discusión. Las fuentes a disposición provienen de los periódicos y revistas de circulación masiva, en muchas ocasiones teñidas de moralismo y sensiblería, aunque también ocasionalmente aportan testimonios útiles y elementos interpretativos sugestivos. Por estas razones el presente ensayo se apoya más que en información factual concreta y decantada, en inferencias sustentadas en otros estudios sobre la mujer colombiana, en análisis generales sobre la violencia y el narcotráfico y en material de prensa.

A partir de éstas, se sugiere que las actividades ligadas al narcotráfico, tanto por su carácter ilegal y la escala económica en la que operan como por los niveles de violencia que le han sido inherentes, pueden ser pensadas, en su lógica esencial, como actividades predominantemente masculinas y que por esto, tienden a seleccionar al hombre como protagonista central. No estamos excluyendo a la mujer de distintos sectores sociales como partícipe, beneficiaria y/o víctima sino que la suponemos inmersa en papeles secundarios y subordinados.

Por tanto suponemos que en la Colombia de hoy y pese a la modernización indudable de la sociedad a lo largo de las últimas cuatro décadas, las formas de inserción de la mujer en la narcoeconomía reproducen diferencias de género: la tradicional división del trabajo por sexo, por la cual ella es en primer término ama de casa, esposa y madre, implica que, al menos en las representaciones sociales sobre la mujer, otras formas de participación social tiendan aún a ocupar un lugar secundario y que estén coloreadas por esta definición primaria. En otras palabras, se sospecha que la presencia de la droga en la sociedad colombiana no se articula con las formas más modernas de existencia de la mujer sino más bien se entronca y tiende a reproducir formas tradicionales.

El impacto de la droga en la sociedad colombiana, desde el ángulo de la



Xilografía de Maréchal

mujer, atañe en primer término a la población femenina directamente incorporada en la actividad del narcotráfico y en la de su represión. En ambos casos las relaciones operan bien por la vía laboral o bien por la familiar, y por tanto las consecuencias personales y familiares presentan un abanico muy complejo. Pero también atañe a las mujeres en su condición ciudadana, razón por la cual se abarcan dimensiones muy profundas en el terreno de la cultura, de la política, de las representaciones sociales. En esta perspectiva es necesario examinar algunas tendencias contradictorias y algunas ambivalencias básicas en las relaciones de hombres y mujeres, que expresan la articulación compleja de tradiciones religiosas y de formas familiares, reinterpretadas a la luz de la dinámica de la droga. Así, resulta ineludible intentar alguna aproximación al impacto del narcotráfico sobre los

procesos de emancipación femenina y, de manera más amplia, sobre la reproducción y ampliación del ejercicio de la violencia tradicional sobre la mujer.

En el presente ensayo se presentan a la discusión tres puntos: en primer lugar una breve referencia a la incorporación laboral de la mujer en la industria de la droga, mediante la caracterización de algunos tipos de trabajo. En segundo lugar, se esboza un argumento sustentado en la sospecha de que el narcotráfico ha tenido un impacto muy negativo sobre la condición de la mujer, en cuanto ha reforzado su posición como objeto de consumo suntuario, ha acentuado las tendencias a la retracción sobre la familia y reforzado rasgos patriarcales ligados a la idealización de la madre. Finalmente, se avanzan algunas ideas sobre la violencia, mirada desde el ángulo de la mujer como objeto de ella.

## La mujer y la narcoeconomía

### 1. La producción

La participación de la mujer en la agricultura ha sido uno de los primeros objetos en los estudios de la mujer en Colombia, y a partir de ellos ya desde inicios de la década del ochenta comenzaron a cristalizarse nuevas percepciones, nuevas definiciones y nuevas sensibilidades sobre la complejidad de la división sexual del trabajo en la economía agraria. Así, por ejemplo, se ha reconocido la importancia del trabajo femenino en la oferta de alimentos y la necesidad de desarrollar políticas específicas y programas dirigidos a consolidar su gestión empresarial.

En la esfera estatal también han ocurrido cambios en esta dirección: en 1984 el Consejo de Política Económica y Social (Conpes) aprobó, por primera vez en Colombia, una política para la mujer campesina y dio impulso a algunas reformas sobre crédito agropecuario, tenencia de la tierra a nombre propio y líneas de capacitación no tradicional. Es decir, en los últimos años se abre espacio la re-definición de la mujer campesina como *productora* y se hacen intentos por remover las barreras institucionales y legales que la reducían a *esposa* del agricultor.

Frente a estas tendencias que jalonan en una óptica modernizante cabe preguntarse ¿qué ocurre en la economía parcelaria inserta en la actividad clandestina de la droga? ¿Cómo se presentan las relaciones de la mujer en su trabajo, con el producto y con el dinero proveniente de su participación laboral? ¿Cómo se da su posición frente a la propiedad de la tierra? ¿En qué medida cabe esperar una transformación en las relaciones familiares y extrafamiliares de la mujer? Finalmente, ¿qué puede preverse en la eventualidad de una crisis de la producción, por ejemplo, por la acción de una política represiva más agresiva?

#### *El cultivo de la coca*

Se ha argüido que en aquellas ramas de actividad económica con una alta

composición de capital, la mujer tiende a ser excluida o a participar en los niveles más bajos que requieren trabajo más simple. Sin embargo, a diferencia de la agroindustria, la producción de la hoja de coca no parece acentuar la vía de proletarización de los productores sino a reforzar los rasgos pre-modernos de la unidad familiar de producción y de la incorporación de formas pre-capitalistas de producción de materias primas en un circuito industrial.

En la economía campesina resulta muy difícil calcular el volumen de trabajo incorporado por cada trabajador y diferenciar las actividades productivas y reproductivas, según los parámetros económicos dominantes. Puede suponerse que en el cultivo de la marihuana y de la hoja de coca, esa diferenciación puede ser mayor que en cultivos de subsistencia, y sugerirse la existencia de una división del trabajo por sexo similar a la que ocurre en otros cultivos comerciales, de manera que sería posible identificar tareas predominantemente masculinas y femeninas. Por esta misma vía puede pensarse que a diferencia de la economía doméstica tradicional, en la que el trabajo femenino e infantil se hacen invisibles, las relaciones monetarias que caracterizan la narcoproducción permitirían un margen más amplio de visibilidad y por tanto de nuevas representaciones sobre el trabajo femenino.

Cuando se examinan algunas tendencias recientes en la participación laboral en la agricultura, se destaca un incremento en las tasas de participación femenina que resulta mayor que el incremento en las masculinas. Así, por ejemplo, entre 1971 y 1980, las primeras pasaron de 16.5% a 27.2% (Campillo, 1986, p. 162), es decir que presentan un aumento del 10.7% en tanto que para los hombres apenas sí crecen en 4.8% durante el mismo período (Bonilla y Vélez, 1987, p. 14). Simultáneamente se revela un descenso en la vinculación salarial femenina y un correlativo aumento en la modalidad de "ayudante familiar sin remuneración". Aunque no es posible aventurar ninguna interpretación plausible a partir de esta referencia, resulta sugere-

tivo pensar como telón de fondo, por una parte en la lógica de funcionamiento de las pequeñas unidades campesinas en cuanto concentración de la gestión en el hombre cabeza de familia (Cfr. Arriágada y Noordam, 1982, p. 47), y por otra parte, en una eventual recomposición de estas unidades a partir de la presencia de la droga.

Ciertamente es necesario estudiar en detalle la dinámica del empleo en las zonas de cultivo, particularmente después de 1985 en virtud de la ampliación del área cultivada y del incremento en la participación de la cosecha interna. (Gómez, 1990, p. 9, estima, para la coca, que entre 1986 y 1988 la primera pasa de 5.000 a 25.000 hectáreas y que la segunda puede aproximarse al 33% del insumo total de materia prima).

En síntesis, y en ausencia de una sustentación empírica sólida, puede intuirse que una re-definición de la economía parcelaria por la actividad clandestina del narcotráfico y el consecuente desplazamiento de su eje productivo en la lógica del mercado internacional, hace más vulnerables los patrones de reproducción de la unidad doméstica. Para la mujer, las eventuales mejorías cíclicas en los ingresos derivadas de la droga, difícilmente pueden traducirse en mayores probabilidades de emancipación que las que pudieran ofrecer otros cultivos, sin mencionar la exposición constante al fuego cruzado y a las violencias desde varios ángulos.

#### *La producción de cocaína*

Como es bien conocido, la economía de la droga ha desarrollado una bien diferenciada división internacional del trabajo según las distintas fases del proceso de transformación de la hoja de coca en cocaína. En ella, las fases de cultivo y de producción de pasta de coca se realizan en lo fundamental fuera de Colombia mientras que la fase propiamente industrial sí le corresponde a este país.

Ahora bien, ¿en qué medida participa la mujer en estos procesos? Resulta muy aventurado, con la precaria información disponible pretender una idea

aproximada del volumen del trabajo femenino implicado en los procesos de transformación y menos aún determinar el grado de especialización requerido. Presumiblemente las tareas de mayor complejidad son monopolio masculino y las más simples eventualmente pueden ser realizadas por mujeres de alguna experiencia en el proceso. No obstante, el único indicio lo constituyen los reportes sobre explosiones y/o capturas de los laboratorios, en las que no es muy frecuente encontrar mujeres. En estos, generalmente se consignan detalles sobre número de muertos, de heridos y de capturados, sexo, edad y eventualmente nombres de los mismos. Como la información en estos casos proviene de fuentes militares, se acentúan los rasgos del operativo militar y las características del material decomisado que muy poco permiten penetrar en las formas de organización del trabajo. Otras fuentes de información directa serían necesarios y éstas escapan a los alcances del presente ensayo.

## 2. La circulación

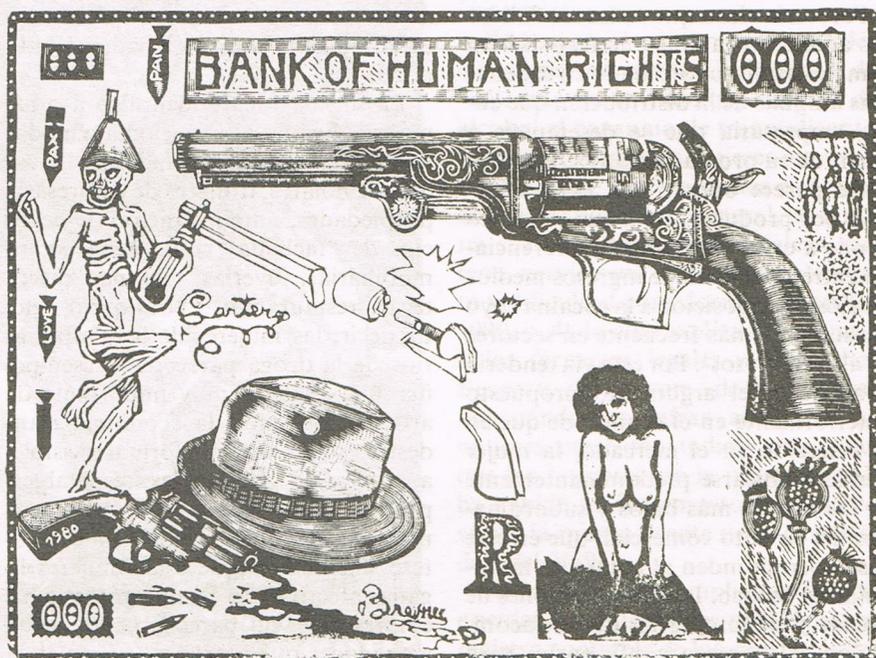
Como se mencionó anteriormente, la actividad económica ligada a la circulación del producto tiene al hombre como agente prioritario, aunque no exclusivo, en calidad de empresario. En las complicadas redes de distribución mayorista, la mujer parece tener una modesta participación cuantitativa en posiciones altas y visibles de las organizaciones mientras resulta particularmente voluminosa su presencia en los niveles jerárquicamente más bajos. No obstante, en puntos intermedios de las redes de distribución pueden figurar mujeres que desempeñan tareas especializadas a juzgar por un caso recientemente publicado en la prensa local. Se trataba de una mujer piloto de un avión capturado con un cargamento relativamente grande y que según las autoridades realizaba un vuelo internacional. Ciertamente no se trataba de una empresaria pero a diferencia de quienes se desempeñan en el menudeo callejero, esta piloto se incrusta en el tráfico a partir de la prestación de servicios profesionales. Si se

trata de un caso aislado o expresa una nueva tendencia en la dinámica de la droga resulta imposible de determinar.

Ya como vendedora minorista en el mercado doméstico, como inductora del consumo o en el transporte internacional en calidad de "mula", la circulación de la droga involucra a mujeres de distinta condición laboral, social y familiar. Igualmente se sabe de la participación de colombianas en la distribución minorista en los Estados

nidos difícilmente constituye un buen indicador del volumen de población involucrada en el tráfico pero en el estado actual del conocimiento no es fácil encontrar mejores fuentes.

La prostitución es uno de los espacios que favorece la distribución de droga por parte de la mujer. Tradicionalmente el tráfico sexual se articula con la promoción al consumo de alcohol que resulta más importante como fuente de ingresos para los empresa-



Xilografía de Marechal

Unidos pero nada se sabe con certeza sobre su número.

Un recorrido por los periódicos colombianos permite palpar la presencia de la mujer en distintas modalidades de la distribución aunque sea por vía indirecta. En efecto, también en este terreno se depende de la información sobre detenciones realizadas por las autoridades. Por ejemplo, fuentes de la Policía Nacional citados por Mario Arango (1988, p. 149) reportan que entre 1983 y 1988 fueron capturadas 17.380 personas sindicadas de narcotráfico, de las cuales alrededor de 3.000 eran mujeres. El número de dete-

rios que el comercio carnal mismo como lo corroboran los pocos estudios disponibles. Como en tantos otros aspectos del fenómeno narco, la expansión del mercado interno de la droga encontró un espacio construido fácilmente utilizable, de manera que la mujer se vinculó a las redes de distribución por esta vía.

El autor antes mencionado arguye que en el barrio Antioquia, de Medellín, zona "de tolerancia" desde la década del cincuenta, "surgió desde el comienzo un incontable número de mulas y aun de traficantes de cierto peso... y aunque muchas terminaron

en las cárceles norteamericanas y europeas, no pocas lograron elevar su status y conquistar los bienes materiales de una sociedad que les había negado todo" (Arango, p. 102).

También en el polo de las autoridades parecen operar ventajas relativas que facilitan el ingreso de la mujer en la esfera de la circulación minorista. Algunas evidencias empíricas provistas por estudiosos del tema en Cali, sugieren que las esposas de los policías, por ejemplo, mercadean basuco amparadas por el halo protector de los maridos.

Parecería claro que en las modalidades anteriores la mujer actúa más bien como eslabón subordinado en cadenas más amplias de la distribución que como empresaria que se desempeña a partir de su propia iniciativa. Por otra parte parece operar una especialización por producto, en la que el basuco tiende a crear un mercado diferenciado entre población de ingresos medios y bajos por oposición a la cocaína cuyo consumo es más frecuente en sectores de altos ingresos<sup>1</sup>. Por esta vía tendería a apoyarse el argumento propuesto anteriormente en el sentido de que en la inserción en el mercado, la mujer tiende a ubicarse predominantemente en los niveles más bajos y subordinados del circuito comercial, que en este caso corresponden al comercio minorista del basuco. Las informaciones de prensa y las fotografías que las acompañan así parecen confirmarlo, pero como se señaló anteriormente, la dinámica del mercado, unido a las acciones represivas del Estado, y a los conflictos entre grupos de narcotraficantes pueden estar induciendo estructuras más complejas en la participación femenina.

Ahora bien, ¿cómo y por qué aparece la mujer en las más altas líneas de las organizaciones? La respuesta aparentemente más plausible indicaría que la mujer accede a estas posiciones en virtud de sus relaciones afectivas y/o familiares con los capos de las organizaciones, más que por una actividad autónoma a título personal.

Si se examinan algunas fuentes que trabajan sobre los directorios de los carteles de la droga, en lo que se refiere

a la comercialización directa de la marihuana no hay registro de mujeres empresarias; en cambio sí aparecen en la distribución de cocaína aunque apenas se trata de dos casos: Verónica Rivera de Vargas, la "Reina de la Coca" (nombre aparentemente utilizado por 5 mujeres distintas) y Marta María Upegui de Uribe, ambas expresamente mencionadas como cabezas de organizaciones de distribución en los Estados Unidos (Castillo, 1987, pp. 74-76). Otros nombres como los de Griselda Blanco, Carmen Gil o Marta Ligia Cardona, por ejemplo, aparecen ligados a los grupos directivos en asociación con hermanos, esposos o padres (Ibid., p. 53).

La misma fuente identifica a otras mujeres ligadas al negocio bajo modalidades diversas: actividades de "lavado" de dólares, titulares de empresas y propiedades, administración de negocios de "fachada" como agencias inmobiliarias, joyerías, tabernas, discotecas, restaurantes, "boutiques", etc. Es decir, las mujeres de los empresarios de la droga parecerían desempeñar una función muy importante de articulación entre la economía clandestina y la economía formal y visible, a través de actividades respetables, propias de las mujeres de las capas medias altas y altas tradicionales. Nótese sin embargo que estas mujeres ligadas afectiva y/o familiarmente a los empresarios, no parecen ocuparse en actividades que tengan que ver con la circulación de la mercancía sino con operaciones más limpias y por tanto de menor riesgo personal.

Al lado de estas funciones económicas se tejen nuevas relaciones en el terreno del consumo y de la vida familiar. En efecto, como en otros casos, las mujeres de las élites del narcotráfico cumplen una tarea muy importante de integración social construyendo un estilo de vida acorde con su nueva condición, y facilitando la inserción familiar en los círculos tradicionalmente respetables.

Como se ha argüido en otras ocasiones, los grupos emergentes productos del narcotráfico están lejos de constituir una fuerza innovadora en la sociedad colombiana de manera que, en su

proceso de consolidación como élite parecen reproducir características que se presentan en otras áreas de la vida colombiana y que parecerían emanar, entre otras, de la aguda diferenciación socioeconómica y del extraordinario peso de la familia como contenido primordial de lo *social*<sup>2</sup>.

### 3. El consumo

La dinámica de la droga referida al consumo colombiano de los últimos años, parece caracterizarse por procesos ligados a la ampliación del mercado interno, por su institucionalización en capas selectas de la población, por la diferenciación del mercado según tipo de producto y por el encadenamiento progresivo de ciclos en los que predomina un fármaco particular.

Adicionalmente debe señalarse que en los estudios sobre el consumo éste ha recibido tratamiento como problema de farmacodependencia y en sus rasgos esenciales como problema de salud, de manera que otras dimensio-

1. "La coca, como materia prima, es un cultivo milenario en Bolivia y en Perú. La escasa producción colombiana de pésima calidad, se ha venido dedicando al mercado interno al ser distribuida en forma de basuco". "Quienes controlamos el negocio de la cocaína no intervenimos ni hemos intervenido en el negocio de la coca en el país; mucho menos en su distribución en forma de basuco". En estos dos apartes del memorando dirigido al Presidente Betancur por los narcotraficantes se da claramente cuenta de la diferenciación de mercados y de empresarios. En este, como en el caso de otros productos de exportación como las flores, por ejemplo, el mercado interno aparece como subproducto del internacional generando estructuras relativamente independientes.

2. Muchos observadores destacan que, a diferencia de otros países latinoamericanos, en Colombia se encuentra un volumen apreciable de mujeres en altas posiciones de la administración pública, la empresa privada, la promoción de las artes y actividades filantrópicas. Correlativamente debe reconocerse que también a diferencia de otros países latinoamericanos el feminismo colombiano ha tenido poco desarrollo y está lejos de constituir una fuerza social cuya acción modernizadora pudiera servir de explicación. En cambio, puede sospecharse que esta indudable visibilidad de la mujer de capas altas y media-altas, aparte de sus méritos personales, tiene que ver con redes de parentesco y conexiones familiares que promueven la circulación intraclassa.



Xilografía de Maréchal

nes sociológicamente relevantes han quedado ocultas. Más que el consumo se ha estudiado el consumidor de droga y por tanto se ha privilegiado una óptica clínica en la cual se concentra la atención en el análisis de la estructura familiar como productora de patologías y como recurso terapéutico.

A su turno, quienes se ocupan del análisis del narcotráfico en la sociedad colombiana han avanzado muy poco sobre el problema del consumo, al pa-

recer porque su magnitud no reviste la centralidad que sí revisten la producción y la circulación como catalizadores de violencia.

Para nuestros propósitos señalemos que, a la par con niveles más altos de incorporación laboral, tasas más altas de participación en la educación, mayor incidencia de las rupturas conyugales, radical disminución en las tasas de fecundidad urbanas y rurales, en fin, indicadores protuberantes de mo-

dernización de la sociedad y de disolución de formas tradicionales en la condición de la mujer en las últimas cuatro décadas, también se configuran tendencias crecientes al tabaquismo, al alcoholismo, y en general al consumo de estimulantes legales e ilegales en la población femenina. Como tendencia más destacada, sin embargo, la literatura especializada señala el incremento del consumo de alcohol tanto en volumen como en número de consumidoras habituales, lo cual permite suponer que la participación femenina en la esfera del consumo de droga no es muy importante.

En cuanto a los estimulantes legales, investigadores de la Universidad del Valle han encontrado que después del alcohol el consumo de tranquilizantes es más alto entre las mujeres que entre los hombres. Otros estudios coinciden en señalar que "...En general, las mujeres suelen presentar más cefaleas, mareos, nerviosismo/tensión, abatimiento y dificultad para dormir" (Carrillo, 1990, p. 4), lo cual explicaría el recurso a los fármacos legales y al alcohol. Respecto del consumo de droga ilegal, aun cuando en cifras absolutas las mujeres presentan índices más bajos que los hombres, en la última década ha habido un incremento inquietante, según la misma fuente de la Universidad del Valle.

Ahora bien, son ampliamente reconocidas las dificultades para llevar un registro confiable de los consumidores en virtud del estigma social que se asocia con el uso de fármacos ilegales, de la estrechez de los servicios terapéuticos estatales y del costo de los privados. Para el caso de la mujer este subregistro es aún más protuberante, por cuanto a lo anterior se añade la vigencia de una representación sacralizada de la maternidad y por tanto los comportamientos que se desvían de ese ideal pueden ser objeto de mayor negación. El subregistro entonces opera por dos vías: la primera, por dificultades asociadas con el auto-reconocimiento como farmacodependiente por parte de la mujer y que bloquean la búsqueda de ayuda terapéutica (fuente habitual de registro), la segunda, relativa al diagnóstico y a la manera como

se consigna el problema por parte de los funcionarios de los servicios de salud.

Del panorama colombiano referido al consumo de la marihuana, que desde la década del sesenta fue ampliándose tímidamente para incluir población universitaria y sectores medios y altos de la población, queda poco. A comienzos de los años noventa encontramos una estratificación marcada en virtud de la expansión de la cocaína y de un sub-producto, el basuco: el consumo de cocaína se ha hecho característico de ciertos sectores de altos ingresos (ejecutivos, altos funcionarios públicos y privados, actores, publicistas, figuras del arte y la farándula, estudiantes de planteles privados), en tanto que el basuco ha arraigado predominantemente en sectores populares, juventud de las barriadas, aunque también se extiende entre otros grupos de población. En años recientes han aparecido cultivos de amapola y parece incrementarse también el uso de la morfina, según informe del Programa de farmacodependencia de la Universidad del Valle.

Para la mujer, el ingreso en los distintos ciclos del consumo de droga parece seguir un curso de experimentación similar al del hombre, excepto que se presenta con aproximadamente cinco años de retraso. Así, tendríamos un auge sucesivo de alcohol, marihuana, y cocaína o basuco, en escalas más reducidas que para el hombre pero con un peso particular del alcohol (Díaz, 1987, pp. 154 ss.).

#### 4. Los servicios terapéuticos

Como complemento del análisis del consumo de estupefacientes, desde el ángulo de la mujer es interesante examinar su vinculación a la oferta de servicios profesionales en el tratamiento y prevención de la farmacodependencia que como dijimos es terreno privilegiado de médicos, enfermeras, psicólogos y trabajadores sociales. Aparte de estos profesionales, y como es característico en la prestación de servicios de salud en Colombia, existe un amplio número de mujeres no profesionales que participan en los progra-



Xilografía de Maréchal

mas comunitarios sobre la base de trabajo voluntario (Segura, 1990, p. 9).

Como hemos argüido en el presente ensayo, en Colombia es aún muy difundida una representación de la mujer referida a la maternidad como rasgo prioritario, lo que ha sido identificado por una investigadora norteamericana como el síndrome de la "supermadre" (Chaney, 1983, p. 14). Independientemente de cómo se conceptualice, es evidente que en materia de bienestar de la población hay ausencias enormes del Estado que tampoco resultan atractivas para el mercado de especialistas, lo cual deja un amplio margen para la filantropía<sup>3</sup>. En cuanto problema de salud, la farmacodepen-

dencia también compete al voluntariado cuyos criterios terapéuticos difícilmente son compatibles con los que

3. El voluntariado constituye una actividad filantrópica eminentemente femenina que en su forma tradicional comprometió a la mujer de capas altas y medias en el alivio de sectores sociales desprotegidos y que generalmente estuvo tutelada por la Iglesia Católica. Actualmente tiene un cariz más secular y se despliega en los marcos de organizaciones privadas, pero también en su versión contemporánea se ha extendido a mujeres de los estratos pobres de la población, bajo la dirección de agencias estatales. Justamente algunas de las estrategias de salud y de protección a la infancia bajo la presente administración, localizaron en el trabajo voluntario de la mujer de los sectores populares el eje de su desarrollo.

operan en la práctica profesional especializada.

En esta última se despliega una jerarquía muy aguda que se caracteriza por un monopolio masculino en los niveles más altos (psiquiatras, psicoanalistas, neurólogos) y una feminización de los más bajos (enfermeras, trabajadores sociales). Nuevamente aquí cabe recordar el argumento de que en las actividades con alta composición de capital, la mujer tiende a ser excluida o a ubicarse en los niveles más bajos que requieren un trabajo más simple, solo que en este caso estamos hablando de composición de capital cultural y de un mercado de símbolos.

### Mujer, droga y sociedad

Al iniciar este ensayo se propuso un recorrido por las distintas formas laborales que caracterizan la relación de la mujer y la droga y se anticipó la necesidad de avanzar sobre su significado social, cultural y político a la luz de los procesos de emancipación femenina, como un índice del grado de modernización de la sociedad. A pesar de las dificultades evidentes derivadas entre otras de las fuentes disponibles, se propondrán algunas ideas muy preliminares en esta dirección, expresadas en forma de puntos sintéticos:

1. La extraordinaria expansión en los ingresos por cuenta del narcotráfico se ha traducido en un igualmente elevado crecimiento del consumo suntuario, incluida la mujer. En efecto, al lado de las viviendas suntuosas, de los automóviles de lujo, de los caballos y las ganaderías de precios exorbitantes, aparecen reinas de belleza, actrices coitizadas y mujeres hermosas, como parte esencial de la nueva imagen de los capos de la droga. El fenómeno, en distinta escala, parece operar en todos los niveles desde los más altos jerarcas hasta los de menor envergadura.

2. Desde el ángulo de la mujer, el mercadeo del cuerpo es un camino que permite a las jóvenes de estratos medios y bajos el acceso rápido a formas de consumo no obtenibles por otras vías. Desde la prostitución abierta hasta la pornografía, desde la publicidad

comercial hasta el cine rojo, pasando por la contratación como "mulas" para el transporte de la droga, múltiples formas de comercio operan a partir de la utilización del cuerpo femenino. En este último caso, el papel de "mulas" no es selectivo como en otros casos en los que los atributos físicos son importantes, de manera que incorpora a mujeres y a hombres de distintas características.

Aparte de los efectos sobre las mujeres directamente involucradas en estas actividades, para el conjunto de las mujeres estas prácticas tienen efectos degradantes. Promueven una visión reificada que legitima formas de violencia física y simbólica sobre la mujer "ajena" y ratifica la sacralización y el control sobre la "propia". En este sentido, la droga tiende a reforzar tendencias patriarcales y formas de ejercicio del poder que se despliegan sobre la mujer pero también sobre la población joven de ambos sexos.

En efecto, también para los hombres jóvenes los dineros fáciles provenientes del narcotráfico han abierto posibilidades de acceso a un consumo previamente ajeno a sus condiciones económicas a costa de su integridad física y moral. Aparte de la vía del *sicariato* que ha anidado prioritaria aunque no exclusivamente en las barriadas de Medellín, y que por obvias razones merece tratamiento propio, muchos jóvenes de sectores medios y bajos urbanos han ingresado de manera más abierta en el mercado sexual y encuentran "padrinos" proveedores de dinero y objetos suntuarios a cambio de la sumisión personal.

3. En la dinámica de las relaciones familiares y en particular en las que se despliegan en la cotidianidad de la juventud de las barriadas populares, aparece una fuente muy importante de indagación que si bien tiene que ver con la relación de la mujer y la droga, se extiende sobre otras dimensiones culturales. Algunos testimonios periodísticos sobre el sicariato y las motivaciones subyacentes a los magnicidios y otros asesinatos por parte de niños y adolescentes, destacan a la madre como la figura dominante en la vida afectiva del sicario. Se ha hecho ya lugar

común una patética expresión proveniente de las comunas nororientales de Medellín: "Madre no hay sino una, padre puede ser cualquier hijo de puta".

Algunas interpretaciones ponen el énfasis en los móviles económicos en términos de búsqueda de seguridad económica para la madre y la familia: el complejo mundo de la miseria y de la violencia familiar en muchas ocasiones convierte al menor en la principal fuente de apoyo de la madre. No obstante, no es posible reducir el problema a sus aspectos económicos que apenas son su cara más evidente. En el terreno emocional también se despliega un margen enorme de ambivalencia en cuanto eventual sustitución del padre por el hijo, como compañero de la madre.

En esta dirección otras interpretaciones acentúan los efectos más profundos en la constitución de la psicología del sicario. Así, algunos psicoanalistas relieván la ausencia del padre simbólico, es decir de un principio de inscripción en la ley que permita resolver la relación edípica y constituir una personalidad adulta.

Independientemente de la óptica analítica que se adopte, el fenómeno de base resulta muy importante pues en efecto de lo que se trata es de la presencia de la madre como la relación humana más significativa en la cotidianidad de estos jóvenes<sup>4</sup>. Bien porque el abandono del padre haya convertido a la madre en jefe de hogar,

4. En una entrevista periodística con Víctor Gaviria, director de la película "Rodrigo D. - No Futuro", basada en la vida de los jóvenes de la comuna nororiental de Medellín, él recuerda que: "era una historia llena de traiciones... todos los relatos eran siniestros pero lo que más me impresionó fue encontrar que en Medellín había una cantidad enorme de gente armada: barrios con veinte o treinta bandas de pisto-locos. Una sola banda de Manrique tenía 120 tipos armados". Y en otro aparte menciona que: "otras eran historias locas de bandas de Punk y Heavy Metal, con guitarras y baterías hechizadas, formadas por muchachos místicos, poetas y pobres que vivían en casas colgadas de las laderas de la ciudad. Había más de veinte bandas de Punk y Heavy Metal regadas por las calles de todos esos barrios pobres de Medellín". (*El Tiempo*, 13 de mayo de 1990).

bien porque el desempleo o el escaso aporte económico del padre reclaman la participación de los hijos en el sostenimiento del hogar, bien porque el comportamiento violento del padre establezca su distancia afectiva con la mujer y con los hijos, o por una combinación de éstos y otros factores, las características familiares de amplios sectores populares configuran una situación de ruptura con el imaginario

Sin embargo estas condiciones no son exclusivas de los nichos del sicariato ni éste procede de los hogares más vulnerables desde el punto de vista económico. La jefatura femenina del hogar y el desdibujamiento de la figura paterna son rasgos bastante más generalizados como lo atestiguan los ya numerosos estudios de la familia colombiana.

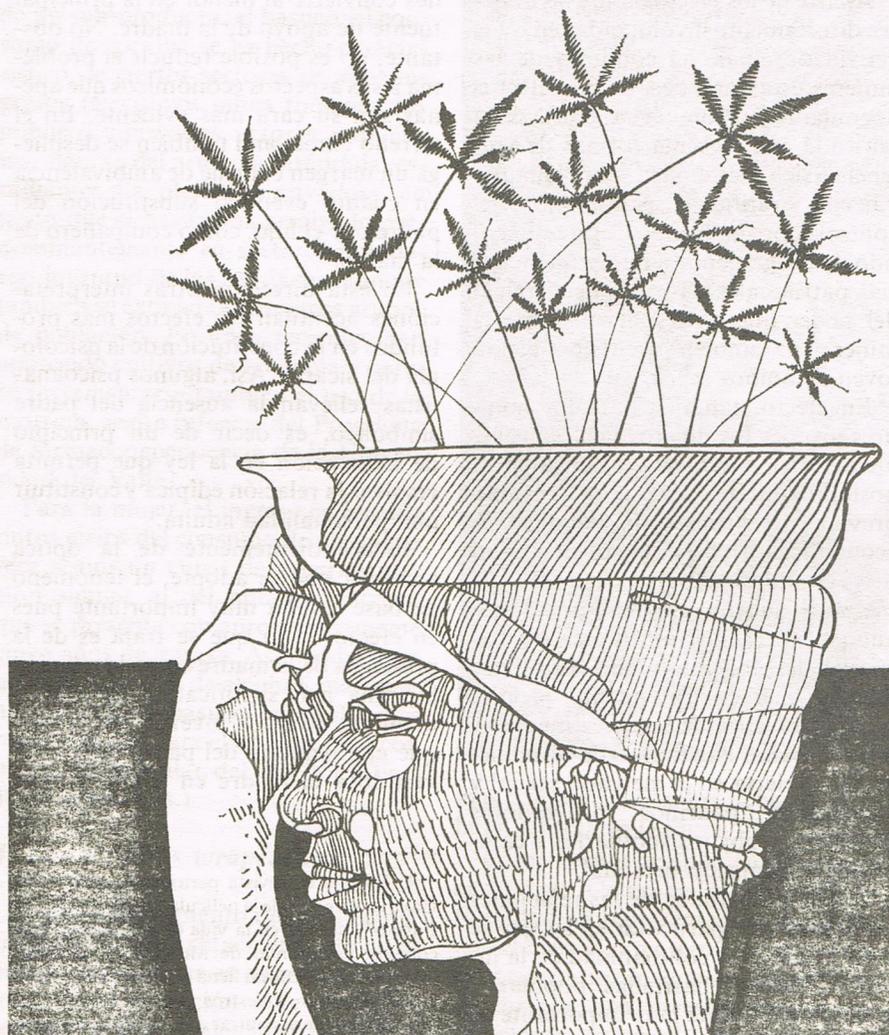
cerbada por el dinero, por el poder, por las armas y por las violencias del narcotráfico.

4. La aceptación ambivalente del narcotráfico por parte de muchos sectores sociales se transformó en el curso de los últimos años en repudio, fundamentado en la actividad narcoterrorista. De la tolerancia social y la convivencia cómplice con la narcoeconomía se pasó paulatinamente al sentimiento de crisis moral y del clamor por una acción política decidida frente a los traficantes. Como en el caso del aprendizaje de brujo, la dinámica destructiva de la droga no logró ser anticipada ante la euforia de sus recursos fáciles.

Para un observador desprevenido resulta extraño el deslinde entre moral pública y economía privada que caracterizó durante cerca de dos décadas la posición de amplios sectores de la opinión pública frente a la droga. Pese a que muchas formas de violencia han sido evidentes a todo lo largo de su imperio, pese a que desde varios sectores se llamó la atención sobre sus efectos corrosivos para la organización política y para la administración de justicia, y pese a las obvias concesiones morales que los dineros calientes imponían, los beneficios económicos tuvieron mayor capacidad de convicción, de tal manera que, como en otros casos, las relaciones clandestinas activaron una moral opuesta a la que públicamente se profesaba.

Esta retracción sobre los intereses privados, que no procede de la droga sino que se redefine a partir de ella, ante la ola terrorista comienza a ceder terreno y esto se expresa en reclamos urgentes por la vigencia del Estado y por visiones apocalípticas sobre la disolución de la sociedad. Para nuestro propósito cabe destacar esta retracción en cuanto la centralidad de la familia en ambos casos: como expresión de proyectos individuales de movilidad social y como correlato de la inseguridad y violencia en los espacios extrafamiliares, que suponen una óptica esencialmente conservadora del statu quo.

Ahora bien, no se trata de un fenómeno reciente, pero sí de un reforzamiento de patronos de más vieja data



de las relaciones entre los sexos. El agudo divorcio entre las condiciones reales y los modelos tradicionales de masculinidad y femineidad tienden a la desvalorización del padre real, a su desdibujamiento como modelo apetecible, y a la consolidación de la madre como centro de gravitación afectiva y simbólica del hogar.

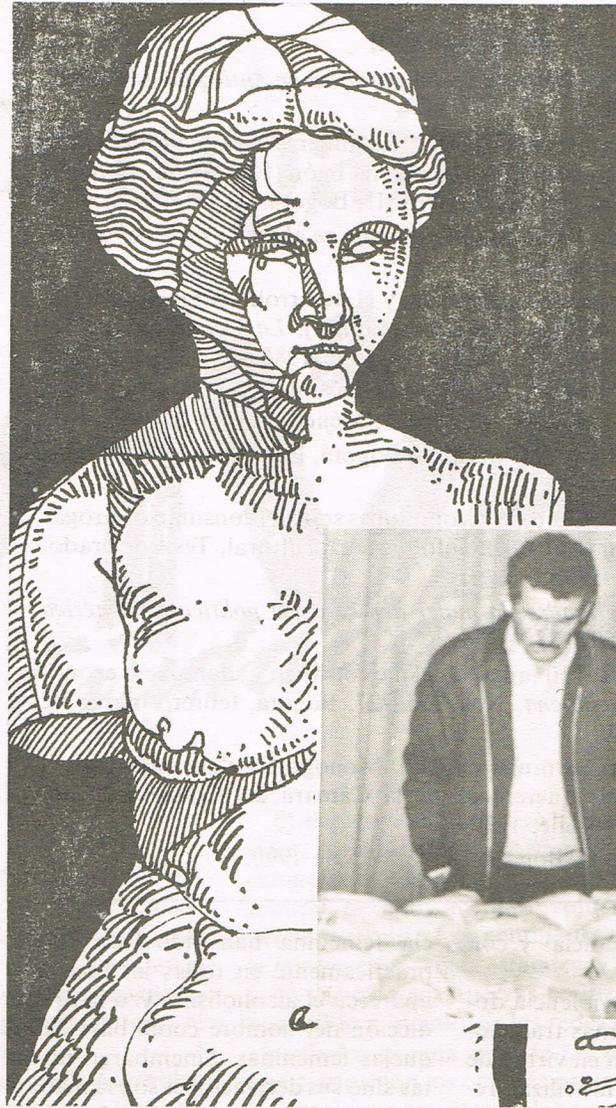
Ahora bien, lo que parece subyacer en la violencia como medio para ayudar económicamente a la familia y que concentra en el amor filial la legitimación del sicariato, es la versión más brutal de la retracción sobre la familia como el espacio prioritario de significación social, característica de la sociedad colombiana en su conjunto y exa-

en la vida colombiana. La pérdida de importancia de lo público tiende a acentuar la vigencia de los arreglos tradicionales en la escala familiar y de la suspicacia frente a eventuales transformaciones. Así podría explicarse el bajo desarrollo del feminismo como movimiento emancipador y la vigorosa oposición a las tímidas reformas legales e institucionales que se han intentado.

5. Auncuando la subordinación de la mujer en el espacio de lo privado tiende a asumir visos de protección por parte del hombre, esta forma benévola no puede ocultar su carácter de infantilización de un individuo adulto y de limitación a sus posibilidades de acción autónoma. En el terreno de lo público y de los arreglos institucionales, la subordinación de la mujer articula una densa red de criterios clasistas y de género que inevitablemente se traducen en formas de discriminación para el conjunto de la población femenina aunque con peso diferencial para las mujeres de distintas capas sociales.

El narcotráfico ha desatado consecuencias negativas para la mujer en ambos terrenos, público y privado. Las urgencias planteadas por la violencia tienden a excluir otras necesidades en la asignación de los recursos públicos de diversa índole. Por ejemplo, la prioridad del gasto militar ha implicado el recorte al gasto social y éste afecta en mayor grado a los hogares encabezados por mujeres. De la misma manera, un proyecto para la despenalización del aborto que fue sometido al parlamento no logró ganar legitimidad en la opinión, en virtud de que la violencia imperante en la sociedad colombiana facilitó la reducción del aborto a la condición de asesinato.

En el terreno de lo privado, adicionalmente a lo ya mencionado, la violencia doméstica que afecta de modo preponderante a la mujer y a los niños, tampoco logra constituir una preocupación de primer orden ni en la acción estatal ni en la sociedad civil. Es decir, también en el terreno de las violencias opera una jerarquía obvia y urgencias diferenciales que se traducen en que, pequeños avances en el develamiento de formas tradicionales de violencia sobre la mujer y de acciones tendientes



a su control pasen a un plano muy subordinado.

6. La violencia directa del narcotráfico no excluye a la mujer. Por el contrario, además de la violencia implícita en las relaciones que previamente se han mencionado, muchas otras formas tienen a la mujer como objeto. De un lado, el ser compañía de un hombre inserto en el negocio la hace automáticamente solidaria tanto de su riqueza, como de sus rivalidades, de sus venganzas como de sus alianzas, y por tanto la expone a los riesgos concomitantes.

Pero no hablamos solamente de las esposas, hijas, hermanas y compañe-

ras de los narcotraficantes. También en las guerras del narcotráfico encontramos a la mujer como víctima, en virtud de sus relaciones familiares con jueces, periodistas, políticos, policías y militares. "Las viudas del narcotráfico" (Revista *Semana*, 1990, pp. 27-37), desde la otra orilla deben asumir riesgos y responsabilidades no necesariamente comprendidos ni compartidos. Por esto, resulta incalculable la contribución de la violencia narco en la consolidación de una tendencia creciente en la sociedad colombiana hacia los hogares con jefatura femenina. También innumerables mujeres han sido objeto de atentados a consecuencia de sus compromisos laborales y de sus



### Bibliografía

Arango Jaramillo, Mario. *Impacto del narcotráfico en Antioquia*. Medellín, Ed. J.M. Arango, 1988.

Arriágada, Irma y Johanna Noordam. "Las mujeres rurales latinoamericanas y la división del trabajo" en Magdalena León (Ed.), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Vol. II, Bogotá, ACEP, 1982.

Bonilla, Elssy y Eduardo Vélez. *Mujer y trabajo en el sector rural colombiano*. Bogotá, Plaza y Janés, 1987.

Campillo, Fabiola. "La mujer campesina y el desarrollo rural: análisis de una experiencia", en Alvaro Camacho (Comp.), *La Colombia de hoy: sociología y sociedad*, Bogotá-Cali, Cerec-Cidse, 1986.

Carrillo, Ana María. "Mujer y salud mental, las rebeldes, las soñadoras y otras locas". *Revista FEM*, Año 14, No. 87, Méjico, marzo de 1990.

Castillo, Fabio. *Los jinetes de la cocaína*. Bogotá, Ed. Documentos Periódicos, 1987.

Díaz, María del Pilar. Estudio de las opiniones sobre el consumo de drogas en el barrio El Troncal (Cali), Un enfoque sociocultural. Tesis de grado. Universidad del Valle, 1987.

Chaney, Elsa M. *Supermadre, la mujer dentro de la política en América Latina*, Méjico, F.C.E., 1983.

Gómez, Hernando José. "El tamaño del narcotráfico y su impacto económico", *Economía Colombiana*, Nos. 226-227, Bogotá, febrero-marzo de 1990.

Segura Escobar, Nora. La mujer en Cali. Monografía elaborada para el programa "El Cali que queremos" de la Cámara del Comercio. Cali, Cidse, Universidad del Valle, 1989.

*Revista Semana*, No. 418, Bogotá, mayo 8-15 de 1990.

como promesa de placeres sexuales inexplorados, en otras como expresión de liberación y en otras como prueba de solidaridad. Aparentemente el temor al abandono, al desafecto, en síntesis, la búsqueda de aprobación por parte del hombre son motivos que no son ajenos en la relación de la mujer y la droga. No se niega que en muchos casos la mujer llegue al alcoholismo o a la drogadicción a título personal ni que en otros, los hombres sean inducidos al consumo por otros hombres o mujeres. El énfasis radica en que las relaciones de dominación que tradicionalmente permearon la condición de la mujer, sirven de nicho específico para la dinámica narco y en tal sentido se despliegan y refuerzan tendencias contrarias a la modernización de la sociedad y a la emancipación femenina.

En síntesis, a lo largo de esta discusión se ha intentado sustentar la idea de que los fenómenos del narcotráfico progresivamente se han constituido en un eje de gravitación de la sociedad colombiana catalizando transformaciones importantes. La dirección de éstas, sin embargo, parece acentuar tendencias hacia la fragmentación del Estado y de la sociedad, y reforzar patrones de relación autoritarios tanto en el espacio de lo público como en lo privado, por lo cual se ha destacado su carácter prioritariamente regresivo. Sin embargo la sociedad colombiana no se agota en el narcotráfico y nuevas fuerzas sociales incorporan aires renovadores en otras direcciones.

El presente ensayo y las aseveraciones que en él se incluyen pretenden, en primer término llamar la atención sobre un tema hasta ahora no considerado por parte de quienes, desde diversos ángulos, intentan diferenciar los múltiples fenómenos abarcados en "el problema de la droga". En segundo lugar, se han intentado algunas interpretaciones que si bien muy preliminares, puedan contribuir a un debate que nos compromete como analistas y como ciudadanos. En tercer lugar aunque no por esto menos importante, el presente ensayo se dirige a quienes también desde distintos ángulos han impulsado el desarrollo de los estudios de la mujer ●

vínculos con el poder judicial y con organismos estatales.

7. En el terreno de la violencia doméstica, también las formas tradicionales se nutren y amplían en virtud de la mayor capacidad de movilizar recursos para agredir físicamente, amedrentar, chantajear o incluso asesinar, a los más débiles. Han sido habituales las agresiones físicas y psicológicas del hombre sobre la mujer, los niños y los ancianos, pero también la mujer es agente reconocida de agresión sobre otros miembros de la familia incluido el hombre. Numerosos hilos y en varias direcciones recorren las relaciones familiares; no obstante, hay especificidades sobre los ejes en los que se expresa la violencia en el hombre y en la mujer. A manera de ilustración veamos:

Funcionarias de la Comisaría para la Protección de la Familia, que opera en Cali desde hace un año, señalan que si bien los casos de farmacodependen-

cia femenina han sido escasísimos, prácticamente en todas las consultas aparecen el alcoholismo y/o la drogadicción del hombre como base de las quejas femeninas. Sin embargo no éstas sino sus derivaciones son la materia de consulta, según el orden de importancia: abandono económico, violencia sobre la mujer y los hijos, venta de los enseres domésticos, infidelidad. A su turno, los hombres citados para hacer descargos acusan a sus cónyuges de descuido en las tareas domésticas, exigencias económicas e infidelidad.

8. Finalmente a partir de esta última fuente y de corroboraciones por parte de los investigadores de la Universidad del Valle anteriormente mencionados, parecería que en el consumo de la droga se expresan también formas de la tradicional subordinación de la mujer y de relaciones de dependencia frente al hombre. En algunos casos es inducida por el hombre en los marcos de relaciones de prostitución, en otras,